



RESURGIENDO JUNTOS: construyendo la capacidad para recuperarse desde dentro

Una declaración de la Comunidad Internacional Bahá'í
a la Cumbre Humanitaria Mundial en Estambul, Turquía

«Ahora nuestro [consejo local de gobierno] se reunirá y dirigirá el proceso de reconstrucción para que la comunidad lo aplique. Sabemos que no debemos depender de los donantes de ayuda, sino que debemos asumir nuestro propio desarrollo. Para el proceso de reconstrucción, utilizaremos las mismas herramientas e instrumentos que usamos para el [progreso] de nuestra comunidad».

— Miembro de una aldea
asolada por un ciclón en las
Islas del Pacífico

RESURGIENDO JUNTOS:

Construyendo la capacidad de recuperarse desde dentro

Una declaración de la Comunidad Internacional Bahá'í
a la Cumbre Humanitaria Mundial en Estambul, Turquía

LA FAMILIA HUMANA ES UNA. Con una herencia común recibida de aquellos que nos precedieron, y con un legado colectivo que transmitir a quienes nos sucederán, los pueblos del mundo se hallan conectados en formas que ya no pueden negarse ni ignorarse por más tiempo. Las grandes masas de la humanidad representan además un formidable acervo de capacidad para el progreso de la civilización; no solamente en el sentido abstracto sino en innumerables ciudades, pueblos y aldeas en las que se desarrolla la sociedad y se vive la vida diaria. Esta es una realidad que las agencias humanitarias constatan en todos lados. Por su parte, las comunidades bahá'ís en todo el planeta ven cómo un creciente número de individuos se responsabilizan de su propio desarrollo espiritual, social y material, construyen nuevos modelos de vida colectiva y se sienten protagonistas del desarrollo de la sociedad. Y cuando los desastres naturales golpean, las comunidades de estas características poseen mayor capacidad para adoptar medidas coherentes y eficaces para responder y recuperarse. De hecho, la experiencia ha demostrado que las personas pueden manifestar una resiliencia, altruismo, inventiva y creatividad excepcionales en esos momentos.

El reconocimiento de la importancia de la capacidad humana en situaciones de desastre no queda al margen en el discurso actual. Da prueba fehaciente de ello el creciente protagonismo de conceptos como la participación, el empoderamiento y la complementariedad en los círculos humanitarios y de desarrollo. «Las personas son los agentes fundamentales de su propia vida y son los primeros y los últimos en responder a cualquier crisis», declara el secretario general de las Naciones Unidas en su informe a la Cumbre Humanitaria Mundial. Sin embargo, traducir estos ideales en realidades tangibles y prácticas sigue siendo un desafío formidable. Por lo tanto, aquellos que buscan «hacer más para... aliviar el sufrimiento, reducir los riesgos y la vulnerabilidad» se enfrentan a una pregunta fundamental.¹ A saber, ¿qué capacidades y cualidades ayudan a la población local a asumir el control de sus propios esfuerzos de respuesta, recuperación y desarrollo?

Los desastres naturales llaman mucho la atención de la comunidad internacional. Pero para las poblaciones locales, estos sucesos, si bien destructivos en sus efectos inmediatos, representan tan solo un período más en una dilatada constante de vida colectiva que se extiende hacia el pasado remoto y que se prolongará indefinidamente en el futuro. La capacidad de respuesta en una zona, pues, tiene mucho que ver con las capacidades, actitudes y cualidades de comunidad que la han caracterizado desde mucho antes que los ríos crecieran o que el ciclón tocara tierra.

La cultura y los modelos de vida comunitaria

La experiencia bahá'í en situaciones de desastre sugiere que los modelos de vida comunitaria y las características

1 Naciones Unidas, *Una humanidad: Nuestra responsabilidad compartida*, Informe del secretario general para la Cumbre Humanitaria Mundial, A/70/709

de la cultura adquieren especial importancia. Las comunidades que han manifestado ser especialmente eficaces en su respuesta han trabajado concienzudamente, antes del desastre, en la creación de modelos de vida colectiva singulares y provechosos. Construyendo consenso y unidad de visión a lo largo del tiempo, estas comunidades realizan elecciones conscientes y decididas sobre los tipos de interacción que se dan en la comunidad, sobre cómo las personas se relacionan entre sí en distintos ámbitos y sobre los tipos de relación que se producen entre los miembros de la comunidad, entre diferentes grupos o subpoblaciones y entre las instituciones de Gobierno.

Dar pasos en esta dirección exige el desarrollo de capacidades en una serie de ámbitos. Algunos pertenecen fundamentalmente a actividades intelectuales, técnicas y científicas. Otros serán de naturaleza más social, centrados en el fortalecimiento y refinamiento de los modelos de interacción, asociación y relación entre los habitantes. En tanto que otros se centrarán en los aspectos morales y normativos de la vida colectiva, basándose en la herencia religiosa de la humanidad para resolver las cuestiones fundamentales del sentido de la vida, las aspiraciones más elevadas y el propósito moral. Se debe prestar debida atención al desarrollo de todas estas capacidades si se pretende conseguir que el progreso se produzca a un ritmo acelerado y si se quiere evitar trampas como el materialismo restrictivo, la fragmentación social, el egoísmo y la pasividad.

Dadas estas realidades, las comunidades bahá'ís han dedicado especial atención a aprender cómo la religión puede servir como medio para despertar y cultivar, a un nivel práctico de base, los elevados y nobles atributos latentes en toda alma. Dentro de este tipo de contexto, las comunidades religiosas llegan a funcionar como comunidades de práctica donde los principios y enseñanzas espirituales son aplicados concienzudamente en la vida de la sociedad, para el beneficio de todos. En ellas, se puede poner en marcha un proceso de

construcción de capacidad que permite a un número creciente de personas participar en la transformación de la sociedad, además de protegerlas y de apoyarlas. La innata atracción humana hacia todo lo que es bueno y hermoso se canaliza en modelos tangibles de comportamiento. Los cimientos morales de la integridad y la generosidad, de la nobleza y la compasión se fortalecen. Y un creciente número de personas trabajan juntas para aprender sobre los modelos de relaciones y las estructuras sociales pertinentes que reflejan la unidad fundamental de la familia humana.

Las actividades de la comunidad bahá'í

¿Qué forma asumiría este proceso en la práctica? Las comunidades bahá'ís, a pesar de lo incipiente de sus actividades, ofrecen un ejemplo para el estudio. En las dos últimas décadas los bahá'ís y sus colaboradores de ideas afines han trabajado para establecer un proceso mundial de educación espiritual y moral, abierto a todos. Estructurado en etapas que cubren las necesidades de desarrollo de las diferentes edades, este sistema atiende a la educación moral de los niños, ayuda al empoderamiento espiritual de los adolescentes y permite a un número creciente de jóvenes y de adultos estudiar la aplicación de las enseñanzas espirituales a la vida diaria y a los desafíos que afronta la sociedad.

Desarrollándose en marcos rurales y urbanos, en vecindarios y aldeas, el sistema en su conjunto busca construir capacidad dentro de una población para trazar su propio camino de desarrollo y contribuir al bien común. Aquellos que realizan las actividades a nivel local se esfuerzan por crear un ambiente en el que crecientes números de amigos, familiares, vecinos y conocidos llegan a verse a sí mismos como agentes activos de su propio desarrollo y protagonistas de un esfuerzo constante por aplicar el conocimiento con vistas al progreso individual y colectivo.

En gran medida, el principio organizador básico de este proceso es el desarrollo de las capacidades para el servicio a la comunidad y a la sociedad. Ayudados a emprender actos cada vez más complejos de servicio, los participantes obtienen gradualmente la visión, la confianza y las habilidades necesarias para comenzar a ofrecer actividades y programas a otros con menos experiencia que ellos. De esta forma, una buena parte de quienes entran en el proceso simplemente como participantes se mantienen en él y asumen una responsabilidad creciente para su perpetuación y expansión. Sirviendo en funciones voluntarias como maestros de clases o facilitadores de grupos de estudio, se convierten en participantes clave y en recursos vitales. Y conforme su capacidad y experiencia se amplían a una escala mayor, cierto porcentaje comienza a coordinar y a apoyar los esfuerzos de otros colaboradores en niveles que van desde el barrio a la nación.

Las capacidades de construcción de comunidad en momentos de desastre

Si bien estas actividades no se centran en la respuesta o en la recuperación per se, las capacidades que fortalecen y los modelos de comportamiento que fomentan generan un profundo impacto en los episodios de desastres naturales. La capacidad para organizar a grandes números de personas en una acción coordinada ofrece un claro ejemplo de ello. Conforme crecen las actividades de construcción de comunidad hasta el punto de que cientos de habitantes mantienen la participación de miles de sus congéneres, surgen sistemas de apoyo y de comunicación más sofisticados que gestionan la creciente complejidad. Estas estructuras realzan sobremanera la capacidad de una comunidad para emprender la respuesta y las acciones de reconstrucción a gran escala. Habilidades organizativas como la capacidad para registrar estadísticas básicas, para planificar en función de los recursos y operar en un modo de aprendizaje —caracterizado por la

reflexión regular y continua sobre las actividades emprendidas, los resultados obtenidos y los ajustes necesarios— permiten de igual manera que las actividades se expandan según las necesidades tanto en escala como en diversidad. Y la experiencia de colaboración con las instituciones de Gobierno, que surge de una manera natural conforme los esfuerzos de construcción de comunidad ejercen una influencia cada vez mayor en una zona, pueden ser muy valiosos a la hora de emplear los recursos externos de manera eficaz y eficiente.

Fomentar la cooperación y un sentido de esfuerzo compartido en una población diversa es otra capacidad crucial que se desarrolla. A medida que se fomenta la inclusión de un creciente número en el estudio atento de la dirección que ha de tomar su desarrollo colectivo, los procesos de toma de decisiones se tornan más consultivos y participativos en carácter. Se solicitan y se toman en consideración los puntos de vista de los jóvenes y los mayores, de las mujeres y los hombres y de todo tipo de procedencias, lo que atrae a su vez la participación de los demás. Y conforme este tipo de dinámica progresa dentro de una localidad, los líderes pueden analizar mejor problemas concretos, lograr una mayor comprensión de temas complejos y sopesar las líneas de acción con claridad e imparcialidad. Las aspiraciones e ideas de los residentes locales se tienen en consideración continuamente y se incorporan deliberadamente en los planes y proyectos. Y a medida que la unidad de pensamiento y de acción va creciendo con el tiempo, la comunidad fortalece su capacidad para sacar provecho de los recursos compartidos en momentos de necesidad.

En todo el mundo, los individuos trabajan igualmente para reforzar el carácter devocional de sus comunidades. Invitando a sus vecinos de todas las procedencias, crean en la esfera íntima del hogar espacios para la adoración compartida, para el estudio del sentido profundo de la vida

y un debate serio sobre temas de interés común. Estos objetivos explícitamente espirituales pueden parecer ajenos a las preocupaciones humanitarias tradicionales. Sin embargo, en tiempos de desastres naturales, las personas en todos lados se enfrentan a estas cuestiones existenciales en los niveles más básicos. Y las comunidades en las que se ora en grupo en contextos diversos, se crea el hábito de visitarse unos a otros en sus hogares y se entablan sistemáticamente conversaciones significativas se encuentran mejor equipadas para mantenerse optimistas, percibir el sentido de las cosas y perseverar y recuperarse cuando ocurren los desastres. Las comunidades en las que los lazos sociales son fuertes y las raíces espirituales profundas son más resilientes frente al desastre.

Resilientes en tiempos de desastre, dinámicas en tiempos de calma

Un creciente acopio de experiencia pone de manifiesto que las cualidades y capacidades que hacen resiliente a una comunidad en tiempos de desastre también la hacen fuerte y dinámica en tiempos de calma. Esto es de importancia vital para la comunidad internacional, ya que busca «trascender la división entre las actividades humanitarias y de desarrollo» y «dejar a un lado etiquetas institucionales artificiales como las de “desarrollo” o “humanitario”»². Ser capaz de servir de manera práctica a los demás, trabajar colaborativamente con objetivos dignos, ejercer habilidades personales en la búsqueda del bien común, todos estos factores son fuentes intrínsecas de elevación y de satisfacción humanas. No necesitan de otra justificación, pero cuando se adoptan como elementos compartidos de la cultura a nivel local, acrecientan la capacidad de una población para responder de manera efectiva a una serie de situaciones desafiantes. No se trata de

2 Naciones Unidas, *Una humanidad: nuestra responsabilidad compartida*, Informe del secretario general para la Cumbre Humanitaria Mundial, A/70/709

que la comunidad sea autosuficiente, puesto que los desastres naturales son, por definición, sucesos que llevan al límite la capacidad local de respuesta. Pero el sentido de visión y de voluntad colectiva que los habitantes desarrollan les otorgan una mayor capacidad para asimilar la ayuda externa de manera que fortalezca localmente el sentido de pertenencia y la voluntad de actuar, en lugar de minarlos y de reemplazarlos.

Una humanidad: nuestra responsabilidad compartida es el título que el secretario general escogió para su informe para la Cumbre Humanitaria Mundial. A la luz de esta afirmación de la unidad de la humanidad, merece la pena observar que el proceso de construcción de nuevos modelos de vida colectiva puede ser promovido por todos los segmentos de la humanidad, sin importar el lugar, la nacionalidad, la raza, la educación formal o cualquier otra característica. Las comunidades en zonas de bajos ingresos, por ejemplo, son capaces de construir modelos cohesionados y dinámicos de vida social en igual medida que las zonas de ingresos elevados. Parece plausible, por lo tanto, que el mundo «desarrollado» tendrá que aprender en igual medida del «mundo en vías de desarrollo» que a la inversa en los años venideros. Este apoyo y ayuda recíproca supone una fuente de enorme fortaleza, a través de la cual se da expresión al principio fundamental de que la acción social debe funcionar sobre el ideal de participación universal. Todo miembro de la familia humana tiene no solo el derecho de beneficiarse de una civilización próspera material y espiritualmente, sino también la capacidad para contribuir a su construcción mediante la idea fundamentalmente humanitaria del servicio comprometido y desprendido a los demás.

«Conforme nos acercábamos a la aldea, vimos a tres... jóvenes caminando en dirección opuesta bajo un sol de justicia. Preguntamos a dónde se dirigían y contestaron que iban a una aldea cercana para dar sus clases de niños y de grupos prejuveniles. Después, en la aldea, comprobamos que sus casas estaban destruidas y aún sin reconstruir».

— Miembro de un equipo de respuesta que evaluaba el daño de un ciclón en las Islas del Pacífico

A green-tinted photograph showing two individuals working on a wooden structure, possibly a bridge or a large frame, in a rural, wooded area. The structure is made of thick wooden beams. One person is on the left, and another is on the right, both appearing to be engaged in manual labor. The background is filled with dense foliage and trees.

Copyright 2016 Comunidad Internacional Bahá'í

Comunidad Internacional Bahá'í
866 United Nations Plaza, Suite 120 New York,
NY 10017, USA